LOS CANTORES RUSOS SELECCIÓN DE CUENTOS IVÁN TURGUÉNIEV



Iván Turguéniev



Ivan turguénev

Los cantores rusos

Selección de cuentos



Iván Turguénev

Iván Serguéyevich Turguénev nació el 9 de noviembre de 1818 en la localidad Oriol, durante el Imperio ruso. Después de completar la escuela elemental, estudió durante un año en la Universidad de Moscú y luego en la Universidad de San Petersburgo, donde se especializó en los clásicos, literatura rusa y filología. En 1838, lo enviaron a la Universidad de Berlín a estudiar Filosofía e Historia.

Durante su estadía en Europa, quedó impresionado con la sociedad centroeuropea de Alemania y volvió a Rusia occidentalizado. Esto se vio reflejado en sus obras más importantes, como la serie de cuentos *Memorias de un cazador* (1852), en la cual refleja la historia del campo y de los siervos, *Nido de nobles* (1859), *Primer amor* (1860), *Padres e hijos* (1867), entre otras.

Murió el 3 de setiembre en Bougival, Francia. Es considerado como el más europeo de los narradores rusos del siglo XIX y su obra es parte del plan de estudios de Rusia, debido a que su estilo artístico influyó en la poética y novela de Rusia y de Europa Occidental.

Los cantores rusos: selección de cuentos
Iván S. Turguéniev

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Melissa Tatiana Mendoza Gómez
Corrección de estilo: Margarita Erení Quintanilla Rodríguez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

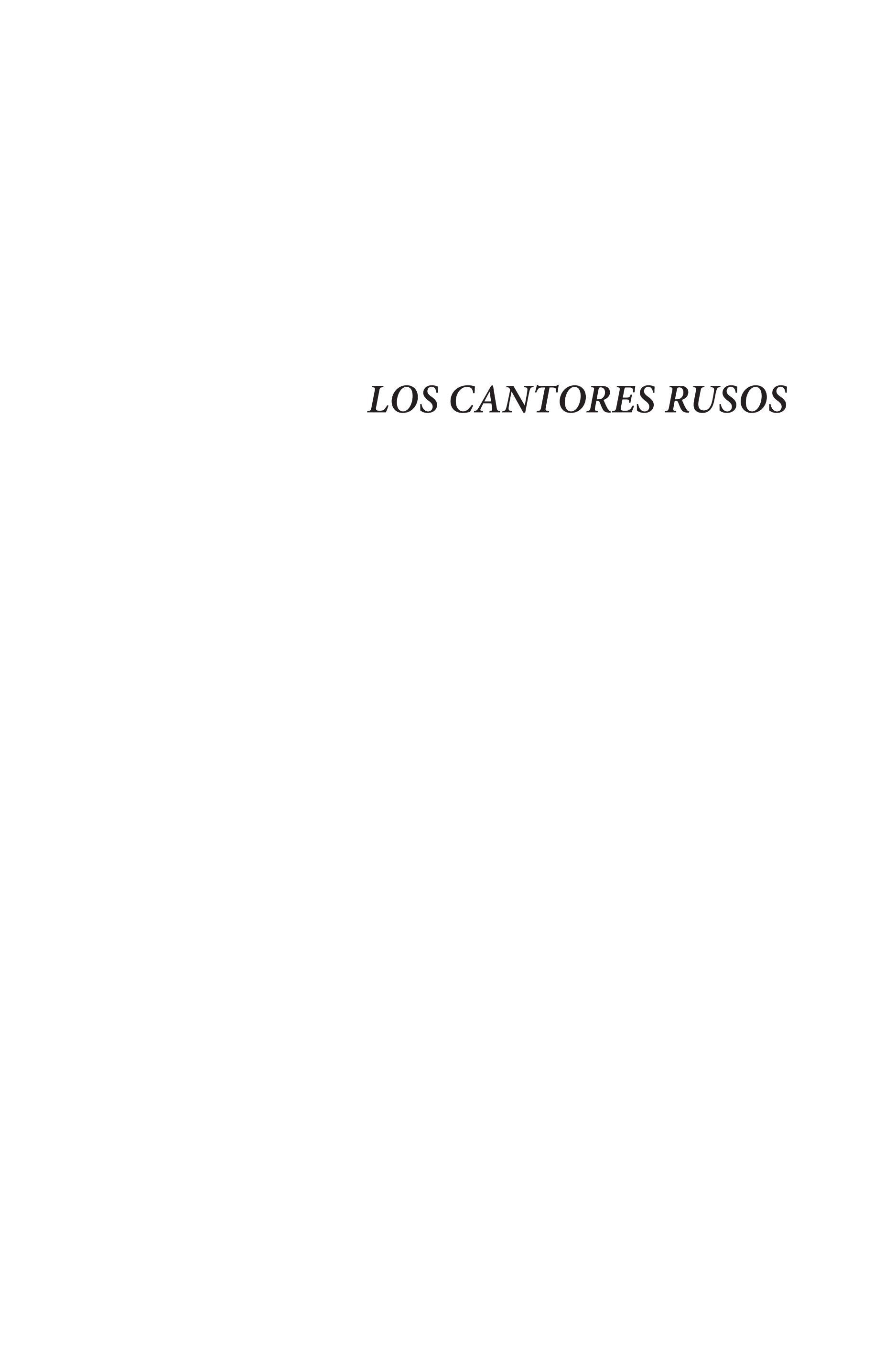
La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección "Lima Lee", títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa "Lima Lee" de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



LOS CANTORES RUSOS

La aldea de Kolotova era, en otro tiempo, propiedad de una anciana, a quien le habían puesto el sobrenombre de La Esquiladora, debido a su carácter ávido y de empresa. Ahora pertenecía a un alemán de Petersburgo. Construida sobre un montículo, la atraviesa un horrible barranco que forma el medio de la calle. Las aguas de la primavera y del otoño se juntan en la concavidad del barranco y separan el caserío en dos partes próximas, pero muy diferentes. No se puede echar un puentecillo sobre tal especie de río, cuyo lecho de arcilla está encajado a gran profundidad.

Aunque el aspecto del paraje nada tiene de agradable, no hay habitante de los alrededores que no conozca la aldea y no venga con frecuencia a ella. Al comienzo del barranco hay una casita aislada de la población. Una chimenea remata su techo de paja; tiene una sola ventana, que se abre hacia el lado del barranco, y en el invierno, cuando la luz de adentro pasa a través de sus cristales, parece un ojo de miradas penetrantes. Se la ve desde lejos. Sirve a modo de estrella conductora a los viajeros cuando hay niebla y tiempo brumoso.

Esta isba no es otra cosa que una taberna, o un *prytinni*, como dicen en el país. Encima de la puerta hay una tabla pintada de azul. El aguardiente que allí se despacha, aunque tan caro como en cualquier parte, es el artículo más acreditado en toda la región, y por eso el propietario, Nicolai Ivanitch, siempre tiene muchos clientes.

Es un hombre forzudo, de mejillas frescas y coloradas. Ahora está algo grueso, sus cabellos blanquean y los rasgos de su cara están hinchados por la grasa. Pero conserva un aire de gran benevolencia. Hace más de veinte años que habita en el caserío. Es muy listo y posee el don de atraer a los parroquianos, sin gastar nunca amabilidades extraordinarias.

Le gusta a la gente estarse allí, bajo su mirada paternal y cortés. Tiene finura, es escrutador, conoce a fondo a cuantos lo rodean y la vida que llevan. Pero nunca se daría a repartir censuras y halagos. Permanece tranquilamente a la sombra, detrás de su mostrador. Cuando la taberna está vacía, se sienta a la puerta y traba conversación con los transeúntes. Ha visto y observado mucho. ¡Conoció a tantos gentiles hombres que venían a proveerse de aguardiente en su casa! ¡Cuántos se han arruinado!

¡Cuántos han muerto! Las autoridades civiles lo respetan y el *stanovoi* nunca pasa delante de su isba sin entrar a saludarle. Verdad que se le deben servicios. Hace algún tiempo detuvo a un ladrón y lo obligó a devolver lo que había robado. Es casado. Su mujer, delgada y flacucha como era, ha engrosado. Supo merecer la entera confianza de su marido y este le deja llaves y cuidado del negocio, y ella sabe hacerse temer tanto como Nicolai. Tienen hijos todavía pequeños, pero ya inteligentes y astutos, como lo denuncia su cierto aspecto de zorros. Un día, al empezar la tarde, caminaba yo por lo alto del barranco. Era el mes de julio y hacía un calor tórrido. Volaba en los aires un polvo blanco que sofocaba.

Los cuervos, erizadas las plumas, entreabierto el pico, parecían implorar caridad. Solamente los gorriones no dejaban su griterío y se perseguían piando con la vivacidad de siempre.

Me moría de sed. No tienen pozo los habitantes de esta aldea. Se conforman con el agua barrosa de un estanque cercano. A mí este limo me repugnaba y decidí pedir a Nicolai un vaso de *kvass* o de cerveza.

Sí, como dije, nunca es atrayente el aspecto de la aldea, durante el verano resulta absolutamente espantoso. La deslumbradora claridad del sol hace resaltar toda la fealdad de estos techos de paja. El barranco profundo, una plazuela quemada por el sol y donde se ven algunas gallinas héticas; luego el estanque negro, bordeado de lodo por un lado, y en el otro un dique en ruinas; y más lejos un ribazo donde un rebaño de ovejas busca una brizna de pasto.

Entré en la aldea. Me miraban los chiquillos con aire de asombro. Sus ojos se dilataban para verme mejor y los perros ladraban en todas las puertas. Minutos después llegaba al *prytinni*.

Un campesino alto salió a la puerta. Estaba sin sombrero y retenía su capa de frisa un grueso cinturón. Su cara era flaca y una espesa cabellera gris dominaba su frente arrugada; llamaba a alguien y no parecía del todo dueño de sí, indicio cierto de abundantes libaciones.

—¡Ven! —gritaba con voz ronca y realzando las espesas cejas—. Parecería que no puedes arrastrarte siquiera. ¡Vamos, hermano, pronto!

El hombre a quien se dirigía era pequeño, rechoncho y cojo. Venía por el lado derecho de la isba. Llevaba una larga túnica bastante limpia, un bonete muy puntiagudo, encasquetado, lo que le daba una expresión maliciosa. Una perpetua sonrisa, fina y amable, vagaba constantemente en sus labios.

—¡Voy, querido! —dijo acercándose a la taberna—. ¿Por qué me llamas? ¿Qué ocurre?

—¡Ah!, ¿qué puede hacerse en una taberna, amigo? Hay gente que te espera: Iacka el Turco, Diki Barin y el capataz de Jisdra. Han apostado un cuarto de cerveza a ver quién canta mejor.

—Iacka va a cantar —dijo el recién llegado, es decir, Morgach.

—¿Verdad, hermano? ¿No será molestarse en vano?

—No —dijo el otro, Obaldoni—, cantarán. Hay una apuesta.

—Entremos, entonces —y agachándose pasaron el umbral de la taberna.

Esta conversación me interesó, porque había oído hablar de Iacka el Turco como de un gran cantor. Quise juzgar por mí mismo, alargué el paso y entré en la isba.

No han entrado muchas personas en una taberna de aldea. Tal vez los cazadores las conozcan porque en todas partes se meten. Esta clase de establecimientos se componen, ordinariamente, de una entrada oscura. Luego hay una espaciosa pieza dividida por un tabique.

Nunca los clientes franquean esta separación, en la que se ha practicado una abertura que permite ver lo que sucede al otro lado. Hay una larga mesa de encina, y sobre esta especie de mostrador, el dueño del *prytinni* sirve las bebidas. Detrás del tabique se ven las *chtofs* cuidadosamente tapadas. En la parte donde están los parroquianos no hay, generalmente, más que algunas barricas vacías, un banco y una mesa. Y suspendidas en la pared unas groseras *lubotchnyas*.

Mucha gente estaba ya reunida cuando llegué. Nicolai estaba detrás del mostrador, con su aire regocijado, y servía aguardiente a los que iban entrando.

En medio de la pieza estaba Iacka el Turco, hombre de unos veinticinco años, pálida y flaca la cara, de cuerpo delgado y largo. No parecía gozar de buena salud. Sus salientes pómulos, mejillas sumidas y ojos grises, denunciaban un alma apasionada.

Presa de una enorme emoción, temblaban todos sus miembros y su respiración era desigual. Le dominaba la idea de que iba a cantar en público. A su lado había un hombre de más o menos cuarenta años, alto y fuerte. Todo lo contrario de Iacka, sus anchas espaldas hacían juego con sus brazos nerviosos y fuertes. Algo cobrizo el cutis, como el de los tártaros. A primera vista su semblante parecía cruel, pero luego se advertía cierta dulzura reflexiva. Rara vez levantaba los ojos y entonces echaba una ojeada a su alrededor, como un toro bajo el yugo. Su vieja levita parecía raspada, de tan usada, y la corbata era ya una simple hilacha. Así era el llamado Diki Barin por Obaldoni. Frente a ellos estaba sentado el capataz de Jisdra, el rival de Iacka.

Este era un hombre de estatura mediana, bien formado. Tenía cara cenceña, crespos los cabellos, nariz levantada, era ojizarco y sedosa su barba. Hablaba poco,

tenía las manos bajo las piernas, movía un pie, después el otro; y llamaba así la atención sobre sus botas coloradas y sin elegancia. Llevaba un *armiak* de tela gris sobre una camisa roja ceñida al cuello. A través de la ventana penetraban pocos rayos de sol. Pero eran tales, en la isba, la oscuridad y la humedad, que no se advertía aquella luz.

El calor sofocante del mes de julio se transformaba allí en una atmósfera de frescura húmeda que le envolvía a uno como en una nube.

Mi llegada molestó al principio a los parroquianos de Nicolai. Pero como vieron que este me saludaba, todos se inclinaron. Fui a sentarme en un rincón, al lado de un campesino andrajoso.

—¡Vamos! —gritó Obaldoni, después de haber vaciado de un sorbo su copa de aguardiente. Y añadió algunas palabras extrañas—. ¿Por qué no se comienza? ¿Qué dices, Iacka?

—Sí, que empiece —dijo Nicolai.

—Eso quiero yo —dijo el capataz de Jisdra. Y sonrió con suficiencia.

—Yo también —respondió Iacka—. Empecemos enseguida.

—¡Vamos, hijos! —dijo Morgach con voz de falsete—. Hay que comenzar.

—¡Ya es tiempo! —exclamó Diki Barin. Iacka se estremeció.

El capataz, poniéndose en pie, tosió para tomar aplomo. Y preguntó a Diki Barin con voz alterada:

—¿Quién ha de cantar primero?

—¡Tú, hermano, tú! —le gritaron al capataz. Movió este los hombros y miró hacia el techo, callado, con actitud inspirada. Diki Barin propuso:

—Que se eche a la suerte y se ponga el cuartillo de cerveza en la mesa.

Nicolai se agachó, levantó del suelo la medida indicada y la puso en el mostrador.

Diki Barin, mirando a Iacka, lo interpeló:

—¿Pues bien?...

El joven se hurgó los bolsillos, sacó un kopek y le hizo una marca. El capataz extrajo una linda bolsa de cuero y sacó una moneda nueva y ambas piezas se echaron en el mísero casquete de Iacka.

Morgach metió la mano en el casquete y sacó la moneda del capataz. Suspiró la asamblea; al fin se empezaría.

—¿Qué voy a cantar?

—Lo que tú quieras —se le replicó—. Nosotros vamos a juzgar honradamente.

—Permítaseme toser un poco, para aclararme la voz.

—¡Acabemos, acabemos! —gritó la asamblea—. ¡Despáchate!

El paciente miró hacia arriba, suspiró, removió las espaldas y dio algunos pasos hacia adelante. Antes de relatar la lucha entre ambos cantores, conviene conocer el carácter y los hábitos de los personajes que principalmente intervenían en la escena.

A Obaldoni, cuyo verdadero nombre era Evgraf Ivanof, lo llamaban así los campesinos debido a su aire insignificante y siempre alterado. Era un picarón, un *dvoroni* despedido por su amo y que, sin un centavo en el bolsillo, se arreglaba para llevar una vida alegre. Tenía amigos, decía él, que le proveían de té y de aguardiente. Cosa falsa, porque Obaldoni no era de trato tan agradable que se le pudiese hacer regalos. Más bien fastidiaba con su charla continua, su familiaridad confianzuda y sus risotadas nerviosas. No sabía cantar ni bailar, nunca salió de su boca una palabra inteligente, y en las reuniones los campesinos estaban acostumbrados a verle y soportarle como un mal inevitable. Solamente Diki Barin tenía sobre él alguna influencia.

Nada se parecía Morgach a su camarada. Le habían puesto injustamente ese nombre, ya que no guiñaba los ojos. Bien es verdad que en Rusia hay tanta inclinación

a poner apodos que no siempre resultan exactos. Pese a todas mis investigaciones enderezadas a conocer el pasado de este hombre, ciertos períodos de su vida me son absolutamente desconocidos y no creo que los habitantes del país tengan más noticias que yo. Supe que había sido en otro tiempo cochero de una anciana señora y se había escapado con el par de caballos que le habían confiado. No se avino a los fastidios de la vida errante y al cabo de un año volvió todo maltrecho a echarse a los pies de su ama. Varios años de vida ejemplar hicieron olvidar su falta y hasta concluyó por congraciarse de nuevo la voluntad de la anciana, y esta lo hizo su intendente. Después de morir su ama, se halló, no se sabe cómo, emancipado de la servidumbre, inscrito entre los burgueses. Se convirtió en colono, comerció, y al poco tiempo tenía una pequeña fortuna. Es hombre de gran experiencia, que solo obra por cálculo y en beneficio propio. Es circunspecto y audaz como el zorro, parlanchín como una vieja. Nunca dice una palabra de más, pero hace decir a los otros lo que estos hubiesen querido callar. No remeda a los imbéciles como hacen otros. Su mirada fina y penetrante sabe verlo todo sin dejarlo traslucir. Es un verdadero observador. Cuando emprende un negocio, se creería que va a fracasar. Sin

embargo, todo lo conduce con prudencia y termina por triunfar.

Es feliz, pero supersticioso, y cree en los presagios. Poco querido en el país, eso no le preocupa; se conforma con que lo estimen. Tiene un solo hijo, al que cría en su casa. «Es padre igual que su padre», dicen los viejos cuando al anochecer, sentados a la puerta de sus casas, conversan de bueyes perdidos.

Iacka el Turco y el capataz eran bastante menos interesantes. Al primero, de sobrenombre El Judío, se le puso este apodo por su madre. Era un artista, pero se veía obligado a ganarse el pan en una fábrica de papel. El capataz era, sin duda, un burgués. Tenía el modo imperioso y decidido que suelen tener las personas de esta clase.

El más interesante y curioso era Diki Barin. Al verle por primera vez llamaba la atención la apariencia ruda de toda su persona. Su salud es la de un Hércules, como si lo hubiesen tallado a hachazos en una encina. Y en esta encina hay vida para diez hombres. Con su exterior grosero, hay en él cierta delicadeza, y quizá provenga ello de la confianza que le inspira su propia fuerza.

Difícil es juzgar, a primera vista, a qué clase pertenece. No parece un *dvorovi* ni un señor Juan Sin Tierra; tampoco puede ser un burgués; acaso un escritor o un ente particular. Un buen día llegó al distrito y se dijo que era un funcionario jubilado, pero sin prueba alguna. Tampoco conocía nadie sus medios de vida. No ejercía ningún oficio y, sin embargo, nunca le faltaba dinero. Como no se preocupaba por nadie, vivía tranquilamente. En ocasiones daba consejos, siempre atendidos.

De una vida casta, bebía moderadamente. Su pasión era el canto. Este hombre era, en una palabra, un ser enigmático. Dueño de su prodigiosa fuerza, vivía siempre en un absoluto descanso, tal vez porque un secreto presentimiento le anunciaba que, si se dejaba llevar por ella, semejante fuerza destrozaría todo a su paso y tal vez al mismo que la tenía. Yo creo que algo le había dejado en este sentido la experiencia. Lo que más me sorprendía era la delicadeza de su sentimiento unida a la crueldad innata. Nunca he visto semejante contraste.

Ahora volvamos al momento en que el capataz se adelantaba hasta el medio de la estancia. Entrecerró los ojos y comenzó a cantar con voz de falsete, agradable,

pero no muy pura. La manejaba y hacía vibrar como se hace girar un diamante al sol. Ya eran notas ligeras, finas, ya algo como gotitas de agua cristalina. Dejaba llover melodías deslumbradoras o notas de órgano, grandiosas y altas. En seguida paraba, y luego de una pausa que daba apenas tiempo para un respiro, se detenía con una audacia arrebatadora. A un aficionado, la audición de esta voz lo hubiese transportado. Pero un alemán la hubiese hallado insoportable.

Era un tenor ligero, un tenor de *grazia* rusa. Añadía a la romanza tantos adornos, tantas florituras, tantos trinos de *grupetti*, que me costó trabajo entender el sentido de los versos. Sin embargo, alcancé a entender el siguiente pasaje: «Yo cultivaré, mi bella, un cuadradito de tierra, y te plantaré, mi bella, flores de la primavera».

No ignoraba el capataz que tenía que vérselas con expertos. Por eso gastaba todos sus esfuerzos para conmover a su auditorio. Lo consiguió perfectamente cuando, en una gama alígera, pasó de la voz de barítono a la de tenor. Diki Barin y Obaldoni no pudieron reprimir un grito de admiración.

—¡Muy bien! ¡Más alto todavía!

Nicolai, sentado en el mostrador, movía la cabeza con satisfacción. Obaldoni marcaba el compás cadenciosamente con los hombros.

Estimulado así el virtuoso, echó una cascada de trinos y efectos de garganta. Era una verdadera caída de sonidos brillantes, hasta que, exhausto, volcó hacia atrás la cabeza dando un último grito. El auditorio unánime aplaudió frenéticamente. Obaldoni le saltó al cuello y lo enlazó con sus huesudos brazos, que por poco ahogan al cantor. La cara hinchada de Nicolai enrojeció juvenilmente e Iacka exclamó como loco:

—¡Ah, el bravo! ¡Qué bien ha cantado!

Mi vecino, el campesino andrajoso, decía golpeando la mesa con el puño:

—¡Qué bien estuvo! ¡Endiabladamente bien! —y escupía.

—¡Qué placer nos has dado! —seguía gritando Obaldoni sin soltar al capataz—. ¡Sí, has ganado! Iacka no tiene tu fuerza. —Y de nuevo abrazó efusivamente al cantor.

—¡Suéltalo! —le gritaron—. ¿No ves, bruto, que está rendido? ¡Anda! Te has pegado a él como una hoja mojada.

—Bueno, que se siente. Voy a beber a su salud. Extenuado el cantor, se dejó caer en un banco.

—Cantas bien —dijo Nicolai recalcando la frase, como quien conoce el valor de sus palabras—. Ahora vamos a oír a Iacka.

—¡Sí, ha cantado muy bien, muy bien! —exclamó de pronto Polecka, la mujer del tabernero.

—¡Ah, esa cabeza cuadrada de Polecka! —dijo Obaldoni—. ¿Qué te pasa, Polecka?

Diki Barin lo interrumpió:

—¡Insoportable bestia! ¿Vas a callarte?

—Yo no hago nada —rezongó Obaldoni—. Si... so... lamente que...

—Basta, cállate.

Y Barin se dirigió a Iacka:

—Empieza, hermano.

—No sé lo que es, pero tengo algo aquí, en la garganta. No puedo...

—Nada de remilgos —dijo Nicolai—. Y procura cantar tan bien como el capataz.

Se quedó Iacka durante un rato con la cabeza entre las manos, luego se recostó en la pared. Tenía el rostro pálido como el de un muerto y los ojos abiertos a medias.

Lanzó un largo suspiro y empezó.

Primero fue un sonido débil, tembloroso, algo como un vago y lejano eco. Produjo una singular impresión.

Siguió un sonido más amplio, más atrevido; con admirable destreza el artista abordó el tono alto. Sabía gobernar su voz e hizo vibrar las notas con extraordinario talento.

Todos nos maravillamos cuando entonó este canto melancólico: «Muchos senderos llevan al bosque florecido».

Estas palabras hicieron gran efecto. Rara vez había oído una voz tan bella expresar tan bien los acentos de la pasión y de la desesperación, de la calma y de la dicha. Era realmente un canto ruso, una romanza que tocaba el corazón.

Iacka se animaba más y más, se dejaba llevar por la inspiración que lo dominaba y que comunicaba a sus oyentes.

Recordé un día en que yo estaba, a la hora de la pleamar, en una playa donde las olas venían a deshacerse tumultuosamente. Una gaviota de blancas alas bajó a posarse cerca de mí. Estaba vuelta hacia el mar cubierto de púrpura, y de cuando en cuando abría sus grandes alas como saludando a las olas y al disco del sol.

Este recuerdo acudió a mi memoria mientras miraba a Iacka, inmóvil ante nosotros y dando toda su alma en la voz y encantándonos con sus hermosas melodías.

Cada una de sus graves notas tenía algo de grande, de vago, como el horizonte de nuestras estepas. Ya me subían las lágrimas a los ojos, cuando alguien empezó a sollozar cerca de mí. Me di la vuelta: era la mujer de Nicolai, que lloraba apoyándose en la ventana.

Iacka miró hacia ella, y desde ese momento su voz fue aún más bella y arrebatadora. Estábamos todos sobreexcitados. No sé cómo habría concluido aquello si el cantor no se hubiese parado en medio de una nota alta. Nadie se movió.

Nadie dijo una sola palabra. Iacka nos había transportado a un mundo nuevo.

—Iacka —dijo al fin Diki Barin poniéndole una mano en la espalda. Pero no pudo decir más.

El capataz, levantándose, se aproximó, y balbuceó penosamente:

—Tú... eres tú... ganaste... Y enseguida salió afuera.

Apenas se hubo marchado, el encantamiento en que estábamos sumergidos empezó a disiparse. Obaldoni dio

un salto, procurando reír y agitando sus largos brazos. Morgach felicitó al artista y Nicolai no pudo menos que ofrecer un segundo cuartillo. Diki Barin era feliz y la sonrisa que vagaba en sus labios contrastaba singularmente con la expresión habitual de su rostro.

En cuanto al campesino de los andrajos, lloraba como un niño, y de cuando en cuando le oíamos exclamar:

—¡Que sea yo un hijo de perra si este no ha cantado bien!

El cantor gozaba su triunfo. Hizo que buscaran al capataz. Pero no se le encontró. Obaldoni llevó a Iacka hasta el mostrador, clamando:

—¡Sigue cantando, canta hasta la noche!

Me retiré después de mirar una vez más a Iacka. Afuera el calor era excesivo, la atmósfera de fuego. En el azul del cielo se hubiera dicho que vagaban puntos luminosos.

No se escuchaba ruido alguno. Y esta calma aumentaba más aún la hermosura de la naturaleza. Agobiado por la fatiga, llegué hasta un cobertizo, donde me tendí sobre

las hierbas que acababan de cortar. Tenía el heno un aroma embriagante. Tardé mucho en dormirme. El canto de Iacka resonaba en mis oídos. Pero el cansancio y el calor me dominaron.

Desperté cuando ya era de noche. Los últimos resplandores del crepúsculo huían en el horizonte, algunas estrellas brillaban con vivo fulgor. Perduraba en la temperatura mucho calor del día, y con el pecho oprimido se ansiaba un soplo de aire.

En la aldea se encendieron algunas luces, y la ventana de la taberna estaba plenamente iluminada. Llevado por la curiosidad, me dirigí hacia la casa de Nicolai. Miré a través de los cristales y tuve una impresión de repugnancia. Aquellos a quienes había visto por la tarde estaban todavía, pero en completo estado de embriaguez. Iacka tartamudeaba una especie de canción, mientras el campesino andrajoso y Obaldoni intentaban bailar.

Solamente Nicolai, en su carácter de tabernero, conservaba su dignidad. Había algunas personas nuevas, pero Diki Barin ya no estaba.

Dejé la ventana y descendí de la altura en que está la aldea.

Ondas de bruma inundaban la llanura y parecían confundirse con el suelo. Andaba a la ventura, cuando una voz infantil sonó en el oído:

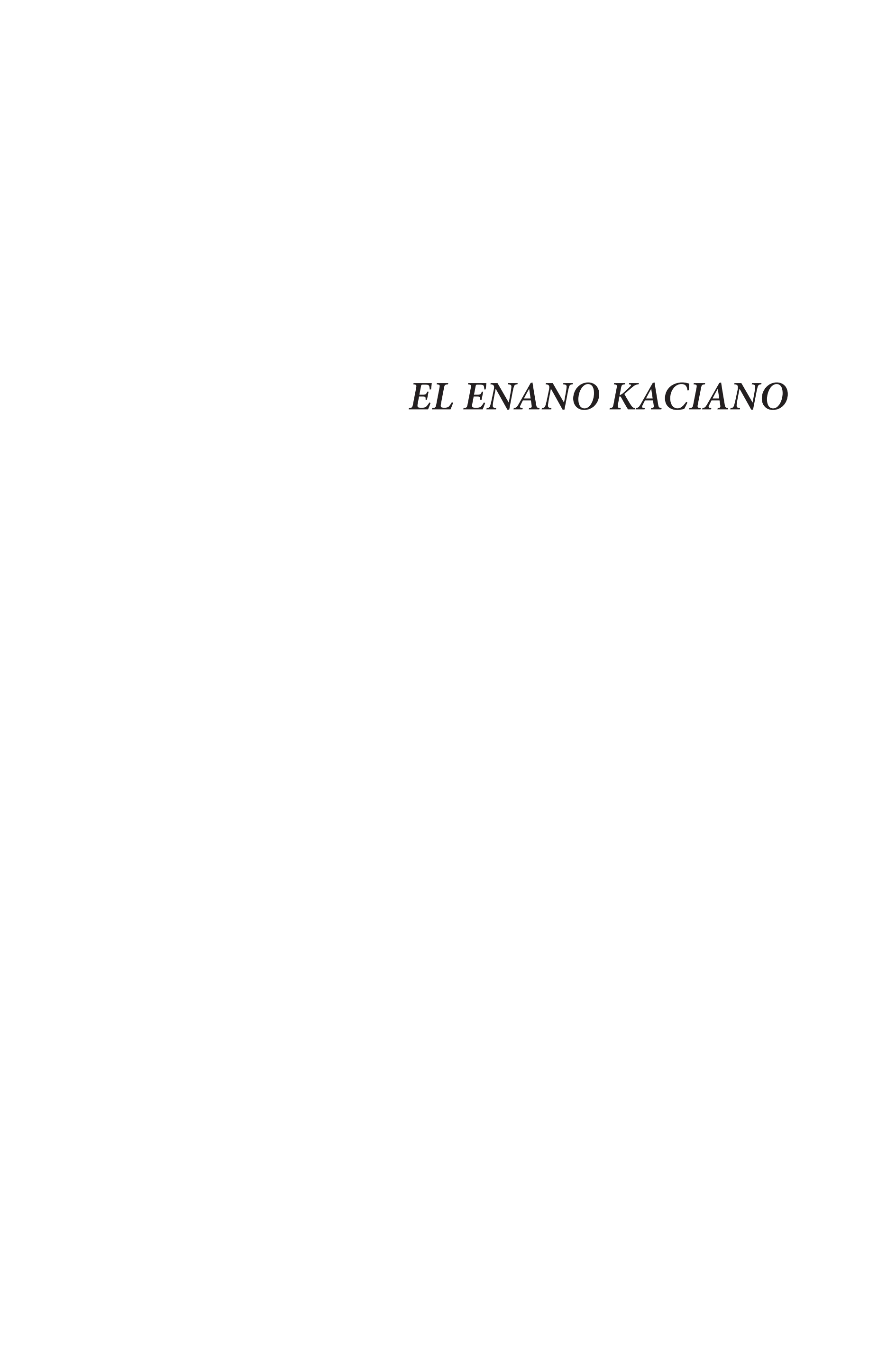
—¡Antropka! ¡Antropka!

La voz callaba, para empezar de nuevo. Resonaba en medio del silencio nocturno. Por lo menos treinta veces se obstinó en gritar. Al fin, desde lejos, en la llanura, alguien respondió:

—¿Qué? ¿Qué... é... é...?

—¡Ven para que padre te pegue! —gritó la criatura.

Ya no hubo respuesta. El niño siguió llamando incansablemente. Me alejé y di la vuelta a un bosque que precede a mi aldea. La oscuridad era profunda. El nombre de Antropka se oía aún, muy débilmente, en la lejanía.



EL ENANO KACIANO

Volvía de una cacería en una mala telega y me agobiaba el calor de un día nebuloso. Dormitaba sometido con resignación a las sacudidas del vehículo, cuyas ruedas levantaban una polvareda fina, que nos envolvía.

Llamó de pronto mi atención la inquietud del cochero, que hasta ese momento iba más tranquilamente adormecido que yo. Tiró de las riendas, se volvió mirando y pegó a los caballos.

Viajábamos por una llanura labrada y chocábamos a cada instante con montículos no aplanados por el arado. No veíamos casa alguna, y solamente montecillos de abedules cortaban, con sus redondeadas copas, la línea del horizonte. Estrechos senderos serpenteaban en toda la extensión de los campos, a través de los montículos. Alcancé a distinguir, entre la polvareda, cerca de nosotros, lo que había sorprendido al cochero.

Era un cortejo fúnebre. Delante, en un carrito tirado lentamente por el caballo, iban un sacerdote y un subdiácono, que tenía las riendas; enseguida el ataúd, llevado por cuatro hombres, y atrás dos mujeres. Una de estas cantaba, con tono monótono y triste, una letra mortuoria.

Quiso mi cochero cortar camino, castigó a los caballos y logró pasar antes que el cortejo. Pero apenas habíamos andado doscientos metros, la telega se paró de golpe, se inclinó y por poco no volcamos. Después de contener a los caballos, el cochero escupió, rabioso.

—¿Qué ocurre? —le pregunté.

—Se partió el eje. Nos ha traído desgracia este entierro.

Bajé, muy preocupado de cómo saldríamos del paso. El cochero la tomó con los caballos. Una rueda estaba casi metida bajo el carro, y el eje parecía mostrarse al aire con una suerte de desesperación.

—¿Qué hacer ahora?

Mientras tanto, el cortejo fúnebre llegaba hasta nosotros. Nos descubrimos y nos miramos con los que llevaban al muerto. Una de las dos campesinas era una vieja pálida, pero su fisonomía estragada por el dolor conservaba una expresión digna y severa. La otra, mujer joven, de unos veinticinco años, tenía los ojos enrojecidos y la cara hinchada de tanto llorar. Al

pasar junto a nosotros suspendió su cantinela, que reanudó momentos después. El cochero me informó:

—Entierran al carpintero Martín. Una de esas mujeres es la madre, y la otra la viuda.

—¿Murió de enfermedad?

—Sí, de una fiebre maligna. Anteayer fueron por el doctor, pero no lo encontraron. Martín era buen obrero, algo atolondrado, pero sabía su oficio. ¡Cómo ha llorado su mujer! En fin, siempre lo mismo. Las mujeres no necesitan comprar lágrimas. Y por cierto, las lágrimas de las mujeres todas son de la misma agua.

Hecha esta reflexión, se agachó junto al caballo, pasó por debajo de la lanza y cogió el arco que está bajo la collera.

«¡Quién sabe cómo nos arreglaremos!», dije entre mí.

El cochero acomodó el caballo, le aseguró mejor el arnés y se puso luego a contemplar la rueda maltrecha. Sacó una tabaquera, levantó despaciosamente la tapa, metió sus gruesos dedos en la caja y restregó la pulgarada

de rapé. Luego frunció las narices y aspiró. Acabada esta operación, hizo un horrible visaje, varios guiños, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Y bien? —interrogué.

No me hizo caso. Guardó su tabaquera y se quedó absorto. Al rato subió a su asiento.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunté con asombro.

—Suba, señor.

—¡Pero no podremos andar!

—Iremos.

—¿Y el eje?

—Suba. El eje está roto, pero podremos llegar hasta la aldea de Judino.

—¿Crees que podremos llegar hasta allí?

El rústico no se dignó a responderme. Castigó a los caballos, y fuese como fuese, alcanzamos la aldea. La

componían siete isbas. Al entrar no hallamos un solo ser viviente. Ni siquiera gallinas. Fui hasta la primera isba, llamé, nadie respondió. Volví a llamar y se oyó el maullido de un gato. Me asomé a la primera pieza, que estaba oscura y con humo.

Volví al patio... Nada. Solamente un ternero y un ganso.

Fui a explorar la segunda isba. Me pareció que en el patio había un ser humano que dormía. Cerca de él un mal carro y un jamelgo con el arnés remendado. Más allá, unos estorninos me observaban con apacible curiosidad.

Me acerqué al durmiente para despertarlo. Se levantó con sobresalto y balbuceó, procurando despertarse del todo:

—¿Qué hay? ¿Qué quiere usted?

Tanto me sorprendió su aspecto, que no pude responderle. Imagínense un enano como de cincuenta años, de carita morena y arrugada, puntiaguda nariz, ojos imperceptibles, una mata espesa de cabellos negros desbordando de la cabeza como un hongo del tallo.

Flaco, y mísera, su mirada era tan extraordinaria que no puedo describirla.

—¿Qué quieren? —preguntó.

Escuchó mi explicación sin quitar ni un instante de mí sus ojos, de guiño singular.

—Quiero un eje de rueda. Pagaré lo que sea.

—¿Son cazadores?

Hizo esta pregunta mirándonos de pies a cabeza.

—Sí.

—¿Cómo es posible que no teman matar los pájaros del cielo y los animales de los bosques? ¿Ignoran que es un pecado derramar sangre inocente?

Hablaba con mucha claridad. No era su voz ni rústica ni vacilante, pero tenía una suerte de dulzura que la asemejaba a la voz de una mujer.

—No tengo eje —añadió mostrándome su carro—. Solamente de muy mala calidad.

—Pero alguno podrá hallarse en la aldea.

—¿En qué aldea? Esto no es aldea, y todo el mundo está en su trabajo. Sigan su camino.

Y diciendo esto se puso en cuclillas sobre el suelo quemante.

Yo no podía consentir semejante conclusión.

—Escucha, buen hombre. Voy a pedirte un servicio. Lo pagaré bien.

—No quiero tu dinero y tengo ganas de descansar porque me fatigué mucho en mis diligencias de la ciudad.

—Te ruego que me escuches, amigo.

Entrecruzó las piernas delgaduchas, y luego de reflexionar:

—Yo podría llevarte hasta el lugar donde hemos vendido un corte de árboles. Allí encontrarás obreros y podrás encargar que te hagan un eje, o comprar uno ya hecho.

—Bien, muy bien. ¡Vamos!

—¿Un buen eje de encina? —prosiguió.

—¿Está lejos de aquí ese lugar?

—Tres verstas.

—Podremos ir en tu carrito.

—No sé.

—Vamos, vamos, mi cochero espera en el camino.

Me costó un trabajo inmenso arrastrarlo fuera del patio. Mi cochero estaba con un humor de todos los diablos. Había llevado los caballos al abrevadero y encontró un agua detestable. De ahí su cólera, porque, según los cocheros, el agua es lo primero del mundo. Al ver al enano, abrió mucho los ojos y exclamó:

—¡Ah! ¡Kacianucho, buen día!

—Buen día, Jerofé. Salud, hombre justo.

En seguida, comuniqué al hombre justo la conducta de Kaciano. Mientras él desenganchaba los caballos, mesuradamente pero con gusto, el enano se apoyaba en la puerta cochera. Su expresión desatenta y enojada demostraba cuánto le desagradaba nuestra irrupción en la casa.

—¿De modo que te han traído aquí? —le preguntó Jerofé.

—Como ves.

—¿Sabes? Martín, Martín de Reabof, el carpintero...

—¿Qué?

—Ha muerto. Acabamos de encontrarnos con su entierro.

Kaciano se estremeció.

—¿Muerto? —exclamó bajando la cabeza.

—¿Por qué no lo curaste? Se dice que tienes poder para aliviar todas las enfermedades.

El cochero se divertía a costa del pobre enano.

—¿Ese es tu coche? —dijo mostrando el pequeño vehículo.

—Sí.

—Es notable; con eso no llegaremos nunca al lugar del corte. Mis caballos no podrán encajar porque son grandes. ¿Y qué vale esto? —Así diciendo, zarandeó el vehículo.

Kaciano dijo:

—Realmente no sé cómo podríamos ir. A menos que atemos esa pequeña criatura.

Y señaló su caballo.

—¿Esto? —preguntó burlonamente Jerofé, mientras daba una humillante palmadita en el cuello del animal.

—Es preciso enganchar lo más pronto posible ese matalón.

Me urgía llegar, porque durante los cortes hay con frecuencia gallos silvestres y codornices. Cuando el carrito estuvo listo, me instalé como pude con mi perro. Kaciano, envuelto en una manta y siempre triste, se puso junto a mí. Jerofé me dijo, cuando íbamos a partir, con aire misterioso:

—Hace bien en llevar a Kaciano. Es un *iurodwetz*. Su influencia es mucha en estos lugares. No sé por qué le dicen La Pulga. Lo único que debe exigirle es que lo conduzca al corte. Elija usted mismo el eje. ¿Habrá pan por allí? —preguntó Jerofé a Kaciano.

—Busca y encontrarás —le respondió sentenciosamente nuestro mentor. Para sorpresa nuestra, su caballo trotaba bastante bien. Durante todo el trayecto, Kaciano guardó un silencio terco, y apenas respondía a nuestras preguntas. Llegamos al corte y de allí fuimos a una isba aislada, al borde de un riachuelo transformado en estanque. Había allí dos jóvenes de palabra insinuante, viva, y sonrisa delicada. Les compré un eje, y Kaciano, cuando volví al lugar del corte, me pidió que le permitiese acompañarnos a la cacería.

Entramos en la explotación. Kaciano me llamaba la atención más que el perro. Advertí, observándolo, que el mote de «Pulga» le convenía exactamente. La masa enorme de sus cabellos le servía de sombrero; la cabeza aparecía y desaparecía entre las ramas como podría ocurrir con una pulga en un manojo de pasto. Sin cesar iba y venía, arrancaba hierbas medicinales que se metía en el bolsillo, pronunciando palabras incoherentes. Alguna vez se detenía y echaba sobre mí y sobre mi perro una mirada escrutadora.

En los montes suelen hallarse unos pajarillos de color ceniciento, que revolotean, gorjean y saltan de un árbol a otro. Kaciano los imitaba y los llamaba. Una codorniz le pasó entre las piernas gritando. La remedó. Empezó una alondra a cantar ruidosamente. Kaciano hizo lo mismo. Pero entretanto no me decía una sola palabra.

El día se puso hermosísimo, aunque con calor sofocante. En el cielo algunas nubes ligeramente amarillas, semejantes a nieve de primavera, recortaban sus bordes de encaje.

Kaciano y yo anduvimos mucho por la espesura. Arbolillos nuevos, que apenas alcanzaban un metro de

altura, circundaban viejos troncos de árboles secos y les formaban un velo de verdura.

Nuestros pies se enredaban a cada momento en las lianas henchidas por el sol. Las hojitas nuevas de los arbustos tenían un brillo de cobre. Las flores cubrían el suelo. Había campánulas, pequeños cálices amarillos de glaucios, pétalos rosados de celidonia. Acá y allá, en espacios aislados, pilas de madera cortada proyectaban sombras oblicuas.

Por momentos se alzaba un vientecillo que enseguida cesaba, después de acariciarme la cara. Todo se agitaba alegremente, animándose a mi alrededor. Las hojas de los helechos se balanceaban con gracia durante un instante y luego permanecían inmóviles. En la tranquilidad y el silencio, solo el canto de los grillos continuaba sin parar, agudo, penetrante, como acompañando el calor tórrido del día y emanado también de la tierra quemante.

Después de haber caminado mucho sin cazar ni una perdiz, pasamos al corte vecino. Allí los álamos cortados yacían en el suelo sobre ramas y gramillas aplastadas. Algunos tenían todavía algún follaje verde, otros solo extendían ramas resecas y muertas. Los hachazos

resonaban sordamente, con lentitud. Se hubiera dicho que estos grandes seres tenían miedo a la muerte.

Después de andar mucho sin encontrar caza posible, vi un rascón que levantaba vuelo desde la espesura. Disparé un tiro, el ave dio una vuelta un rato y cayó. En el momento de la detonación Kaciano se tapó los ojos con las manos, inmóvil, mientras yo buscaba la presa. Luego examinó el sitio donde había caído el rascón y dijo:

—¡Qué pecado! ¡Es un verdadero pecado!

Nos obligó el excesivo calor a buscar sombra. Me instalé bajo un ramaje de castaño, junto al cual un joven plátano extendía sus ramitas ligeras. Kaciano se sentó en el tronco caído de un abedul. Me puse a observarlo. Las cimas de los árboles proyectaban sombras verdosas sobre su cara y su cuerpecillo mísero. Fastidiado de su silencio, me tendí de espaldas y me divertí en contemplar el juego de las hojas al entrecruzarse y combinarse con movimiento suave sobre el fondo inmóvil del cielo azul.

Es un espectáculo encantador. Se puede imaginar que tenemos delante el océano, con plantas fantásticas, de hojas que cambian su verde diáfano por otro verde opaco.

Islas flotantes son las nubes que pasan. De pronto, el éter radiante se agita y murmura, y hace un ruido semejante al de las olas que van a morir en la playa.

Este espectáculo llena el alma, todo ese azul hace reír de contento. En las brillantes nubes que pasan y huyen pueden imaginarse los años de felicidad, y parece que el pensamiento nos lleva más y más hacia regiones donde uno quisiera quedarse.

—¡Barin, Barin! —gritó súbitamente Kaciano. Me levanté sorprendido.

Ahora me dirigía la palabra, este hombre que hasta entonces apenas había respondido a mis preguntas. Mirándome a los ojos, dijo:

—¿Por qué has matado este pájaro?

—El rascón —le respondí— es un ave de caza: se come.

—Tú no lo mataste para comer, lo mataste para divertirte.

—También tú comes patos y gallinas.

—Son aves que Dios ha hecho para el hombre, y, en cambio, el rascón es un pájaro libre, un pájaro de los bosques. Hay muchos pájaros como este y no debemos hacerles daño. Dios puso para el hombre otros alimentos, el trigo nutritivo, los animales domésticos, como tenemos también el agua del cielo.

Examiné con curiosidad a este hombre original que me predicaba así. Las palabras le salían fácilmente y tenía un aire de gran convicción.

—¿De suerte que sería asimismo un pecado matar un pez?

—Un pez tiene la sangre fría —replicó—. Es una bestia muda que nada siente, ni ve nada.

Guardó silencio un rato y luego prosiguió:

—La sangre es un elemento sagrado. Por eso se esconde y no ve la luz. El santo sol de Dios nunca la baña con su luz. Es un gran pecado ponerla a la claridad del día. ¡Es algo atroz!

Suspiró y se quedó callado. Confieso que me intrigaba. Difería su lenguaje del que yo estaba acostumbrado a oír a los campesinos rusos, y hasta sobrepasaba en elegancia el de aquellos que en nuestro trato urbano consideran que hablan bien.

—Dime, Kaciano —lo interrogué con actitud suplicante—, ¿en qué te ocupas?

Se turbó algo:

—Vivo como Dios ordena, pero, en lo de tener un oficio, no tengo ninguno. Bien quisiera trabajar, pero no puedo. Mis manos son torpes. Durante la primavera atrapo ruiseñores en sus nidos.

—¡Cómo! ¿Cazas ruiseñores? ¿No acabas de decirme que no se debe pecar contra ningún huésped de los bosques, los prados o las montañas?

—No se los ha de matar, es cierto. Demasiado aprisa viene la muerte a reclamar lo que se le debe, y por eso vivió poco tiempo el carpintero Martín, y su mujer llora... Contra la muerte, los hombres ni los animales nada pueden. Yo no mato a los ruiseñores, solamente los

apreso para el placer del hombre, para que se deleite con sus cantos, para que los ame.

—Sin duda los buscas en los alrededores de Kusk.

—Sí, aunque a veces más lejos. Paso la noche en los pantanos, duermo solo en el boscaje, junto a las espesuras del follaje. Allí escucho el canto de los pájaros, el ganguear de los patos salvajes. Observo, y al alba pongo mis trampas. Hay ruiseñores que cantan con tal dulzura, tan finamente, que me duele cazarlos.

—¿Y vendes tus cautivos?

—Los doy, Barin, a gente buena.

—Además de eso, ¿qué haces?

—Y... nada, por desgracia. Soy mal obrero, y, sin embargo, sé leer y escribir.

—¿De veras?

—Sí, personas de buena voluntad, socorridas por Dios, me han enseñado lo poco que sé.

—¿Tienes familia?

—No, soy solo.

—¿Cómo es posible?

—Me faltó suerte en la vida, pero como mis desdichas agradan a Dios, no debo quejarme.

—¿No tienes ningún pariente?

—Sí... sí y no.

—Dime, te lo ruego, ¿por qué el cochero te echó en cara que no hubieses curado a Martín? ¿Te asiste el poder de aliviar a los enfermos?

—Tu cochero es un hombre justo, pero no impecable. ¿Quién, fuera de Dios, tiene poder para sanar enfermos? Hay, es verdad, hierbas salutíferas que amenguan el mal; por ejemplo, la pimienta de agua y el llantén. De ellas se puede hablar, porque son plantas del buen Dios; otras hay, útiles también, pero no se puede decir el nombre que llevan, porque sería pecar. Además, hay palabras que se necesitan decir, y entonces...

Se contuvo, y luego añadió en voz baja:

—Lo necesario, sobre todo, es la esperanza.

—¿Nada le suministraste a Martín?

—No, me previnieron demasiado tarde. De todos modos, lo que está escrito debe suceder, los marcados por la muerte deben perecer: ya el sol no les manda su calor, hasta el pan deja de servirles. ¡Que Dios tenga piedad del pobre hombre!

—¿Hace tiempo que te han traído aquí?

—Unos cuatro años —repuso Kaciano con cierta agitación—. En tiempo de nuestro difunto señor, vivíamos sin previsión ninguna. Pero la tutoría nos trajo aquí. No incurrió en falta, estaba escrito.

—¿Dónde estabas antes?

—Vivíamos en la hermosa Mecha.

—¿Lejos de aquí?

—Cien verstas.

—¿Y allí estabas mejor?

—Sí, mucho mejor. Allí hay campaña abierta, grandes ríos y era nuestro país. Aquí estamos en la estrechez y somos huérfanos. En la hermosa Mecha, cuando se asciende la colina, se tiene delante un paisaje espléndido. ¡Dios mío! ¡Ah, cuánta hermosura! Podían contemplarse ríos, ribazos, praderas, una iglesia. Se veía hasta lejos, hasta muy lejos. Sin duda, aquí la tierra es mejor, más gorda y arcillosa, y produce mucho, pero en todas partes se da trigo suficiente para mí.

—¿Quisieras volver a ver tu país, buen hombre?

—Sí, lo deseo. Sin embargo, en cualquier parte se está bien. Soy hombre sin familia, a quien le gusta andar a la ventura. Además, ¿qué se gana con quedarse en la propia tierra? Al menos, cuando uno anda se siente más liviano, el sol nos calienta más y estamos más bajo los ojos del Señor. Se ven crecer las plantas alrededor, se recogen algunas. Luego se encuentra un manantial, sale agua santa, se la bebe, se contempla el sitio. Los pájaros gorjean y cantan. ¡Ah!, sobre todo en Kursk... Las estepas. ¡Qué estepas! He ahí lugares para la admiración y la alegría del hombre. Allí el alma se eleva en alabanzas al Creador. Se dice que

las estepas se extienden hasta los mares calientes, donde vive el *gamaium* de canto dulce, y donde las manzanas de oro cuelgan de ramas de plata. Todo hombre puede allí vivir y pasar sus días en la alegría y la justicia. Allí llevaría yo de buena gana mi hogar. ¿Dónde no estuve ya? He visto a Limbirsk, a Romen, a Moscú, la ciudad de las cúpulas de oro. He visto a Oka, esa fértil nodriza, a Isna, la paloma, el Volga, la buena madre. He visto muchas ciudades, con mucha buena gente. Hubiera podido vivir por allá... y entonces... ya... Yo no soy el único pecador; hay muchos campesinos que, como yo, vagan a través del mundo... Sí... ¿Y qué gana uno quedándose en su lugar?... No hay justicia en el hombre. Kaciano pronunció estas últimas palabras en voz muy baja, casi ininteligible. Murmuró todavía algunas palabras. En su semblante hubo una expresión tan extraña, que involuntariamente el mote de «inocente» me volvió a la memoria. Movió la cabeza y pareció volver a sí mismo.

—¡Qué sol! —exclamó—. ¡Qué bien se está en los bosques!

Movió los hombros, miró a su alrededor y canturreó una canción, de la cual solo entendí estas palabras:

«Por mi nombre soy Kaciano,
pero me llaman La Pulga».

—¡Ah!, compone versos —dije para mí.

Pero él me oyó y se puso a mirar atentamente hacia el fondo del bosque. En esto vi a una niña de unos ochos años. Estaba vestida de azul y graciosamente tocada con un pañuelo rayado. Probablemente no esperaba encontrar a nadie, porque al vernos se quedó inmóvil en medio del bosquecillo de avellanos, sin animarse a avanzar ni acertar a retroceder. Nos miraba temerosamente, con sus grandes ojos almendrados. Apenas tuve tiempo de examinarla. Se escondió detrás de un árbol.

—Anucka, Anucka, ven —dijo el enano con dulzura.

—Tengo miedo —dijo ella.

—No... ven conmigo.

Anucka salió silenciosamente de su escondite, haciendo un rodeo. Se oía apenas el rumor de sus piececillos sobre el césped. Llegó junto a él. No era, como yo había pensado, una criatura de ocho años, sino

una encantadora niña de catorce a quince. Aunque algo delgada, era bien proporcionada y muy ágil. Su diminuta figura tenía alguna vaga semejanza con el aspecto de Kaciano, aunque este era feo. Ambos tenían los mismos rasgos agudos, la misma mirada extraña y espiritual. Kaciano la miró con mucha atención.

—¿Recogías hongos?

—Sí —dijo con una sonrisa tímida.

—¿Encontraste muchos?

—Sí, bastantes.

—¿Los encontraste blancos? Muéstranos tu cosecha.

Puso en el suelo su canasta y, destapándola, nos mostró lo que había recogido. Kaciano exclamó:

—¡Son lindos! ¡Muy bien, Anucka!

—¿Es tu hija? —pregunté a Kaciano. Anucka se sonrojó.

—No —dijo Kaciano—, una parienta... Vamos,

Anucka, vete.

—Podemos llevarla —me aventuré a decir.

—No, no, puede ir igualmente a pie.

Anucka se fue. Los ojos de Kaciano la siguieron durante largo rato, con mirada que tenía algo de dulce y delicado. Luego sonrió, levantó la cabeza y se frotó la cara.

—¿Por qué la hiciste irse tan pronto? Yo le hubiese comprado hongos. ¡Qué encantadora criatura!

—Si quieres hongos, hay muchos en mi casa —repuso Kaciano con fastidio.

Comprendí que nada lo haría confesar y volví al lugar del corte. Había disminuido el calor. Escrito estaba que mi cacería no sería afortunada. Volví con un buen eje de rueda, pero solo con un rascón en el morral.

—Tal vez yo tengo la culpa de tu poca suerte. Ahuyenté la caza.

—¿Y cómo?

En vano procuré persuadir a Kaciano que si yo volvía sin caza no se debía a tales o cuales palabras que hubiese pronunciado al arrancar ciertas hierbas. Llegamos a su casa. Anucka no estaba allí. Pero había vuelto ya y dejado su canasta.

Mi cochero examinó el eje y lo encontró pasable. Al irme dejé algún dinero a Kaciano, que no aceptó sino después de haber reflexionado largamente. Como siempre, permaneció apoyado en la puerta, insensible a los sarcasmos de Jerofé y a mi amable despedida.

Al volver a la casa de Kaciano pude observar que mi cochero estaba de muy mal humor. No había encontrado nada para comer en la aldea y el abrevadero de los caballos estaba seco. Su descontento se le veía en la cara. Aguardó a que yo iniciara la conversación y se limitó luego a articular algunos monosílabos.

—¡Linda aldea! —dijo—. ¡Llamar a esto una aldea! Ni siquiera hay *kwass*...

La tomó con los caballos. Al de la derecha le dijo, pegándole:

—¡Te conozco, hipócrita! Finges que tiras. Antes eras un buen animal, ahora eres un pícaro. ¡Lah... lah... lah!...

—Jerofé —lo interpelé—, ¿quién es este Kaciano?

Como hombre reflexivo y prudente, no respondió enseguida. Pero advertí que mi pregunta le agradaba.

—¿La Pulga? Es un hombre extraño, un inocente que no tiene igual. Dejó el trabajo. Verdad que con semejante cuerpo... En otro tiempo se ocupaba, con sus tíos, de coches y caballos. Pero un buen día lo plantó todo. Desde entonces siempre anda y se remueve. Bien merece su mote de Pulga. Más libre que las cabras, va, viene, habla, tan pronto hace un largo discurso como se queda callado durante horas. Es un hombre extraordinario, desigual. Pero canta bien. ¡Oh, sí, canta muy bien!

—¿Y es médico?

—¿Semejante individuo médico? ¡Vamos, vamos! Sin embargo, me curó de lamparones. Es un hombre sin ingenio y no es médico.

—¿Lo conoces desde hace tiempo?

—Sí.

—Y la pequeñuela Anucka, ¿quién es? ¿Parienta suya?

El cochero me miró de soslayo.

—¿Su parienta? Es huérfana... No se conoce a su madre. Pero el enano parece quererla mucho. Por otra parte, es una chica lista, inteligente, y Kaciano la instruye.

Se interrumpió bruscamente, y luego dijo:

—¡Caramba! Olor a quemado. Comprendo, es el eje nuevo... El eje se quema... Voy a buscar agua a ese estanque.

Bajó lentamente de su asiento, fue a traer agua y pareció sentir un placer inmenso cuando se oyó un silbo en el eje empapado de golpe. Repitió diez veces la misma operación en el recorrido de ocho verstas. Caía la noche cuando llegamos a mi casa.


BIROUK

Regresaba solo a casa, en *drochka*. Para llegar a mi casa faltaban aún ocho verstas. Mi buena yegua recorría con paso igual y rápido el camino polvoriento, aguzaba las orejas y de vez en cuando soltaba un relincho en seguida sofocado.

Mi perro nos seguía a medio paso de las ruedas traseras. En el aire se olía la tormenta.

Lentamente, frente a mí, se levantaba una nube violácea, por encima del bosque; vapores grises corrían a mi encuentro, las hojas de los sauces se removían susurrantes.

El calor, hasta entonces sofocante, dejó paso a una frescura húmeda, penetrante.

Espoleé a la yegua, descendí al barranco, atravesé el lecho desecado, cubierto de espinos, y al cabo de algunos minutos me interné en el bosque.

El camino serpenteaba entre masas de nogales y avellanos, reinaba profunda oscuridad, y yo avanzaba al azar.

Mi pequeño vehículo chocaba contra las raíces nudosas de tilos y encinas centenarias, o bien se hundía en las huellas dejadas por otros carros.

La yegua empezó a sentir miedo.

Un viento impetuoso vino a penetrar en el bosque, ruidosamente, y sobre las hojas caían gruesas gotas de agua. Un relámpago cruzó el firmamento y le siguió el estampido de un trueno.

La lluvia se convirtió en un verdadero torrente, que me obligó a reducir la marcha. Mi yegua se embarraba. Yo no veía a dos pasos de mí.

Me guarecí en el follaje.

Acurrucado, tapada la cara, me armé de paciencia para aguardar el fin de la tormenta.

Al resplandor de un relámpago, distinguí a un hombre en el camino. Venía hacia donde yo me hallaba.

—¿Quién eres? —me preguntó con voz atronadora.

—¿Y tú?

—Soy el guardabosque.

Y cuando me hube identificado:

—¡Ah!, ya sé, ibas a tu casa —dijo.

—¿Oyes la tormenta?

—Es tremenda —respondió la voz.

En ese momento, el destello de un relámpago iluminó a mi interlocutor, y pude verlo claramente. Al repentino resplandor siguió un trueno y arreció la lluvia.

—Hay para rato —dijo el guardabosque.

—¿Qué se puede hacer?

—¿Quieres que te lleve a mi isba?

—Con mucho gusto.

—Sube, pues, a tu *drochka*.

El guardabosque tomó mi yegua por la brida y sacó el vehículo de la huella pantanosa donde nos habíamos detenido. Me agarré al almohadón del vehículo, que se balanceaba como un barco en un mar tempestuoso.

La yegua resbalaba y a cada momento estaba a punto de caer... La espoleaba Birouk pegándole con el látigo, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Avanzaba en la sombra, como un espectro, y una vez atravesado el bosque nos detuvo junto a su choza.

—Es aquí, mi amo.

Miré. A la luz de los relámpagos alcancé a ver una pequeña isba en medio de un recinto de césped.

Después de atar el animal a la reja, el guardabosque fue a llamar a la puerta. Por una de las estrechas ventanas se filtraba un débil hilo de luz.

—¡Ya! —gritó una voz infantil, apenas hubo llamado el hombre.

Escuché unos pasitos precipitados de pies descalzos. Movieron el picaporte y una chiquilla de doce años abrió la puerta.

—Alumbra al amo —dijo Birouk—, mientras llevo el coche al cobertizo.

La niña levantó los ojos y me hizo señas de que la siguiera.

Constaba la cabaña del guarda de una sola habitación baja, llena de humo y sin ningún tabique. Del muro colgaba una vieja manta desgarrada. Sobre un taburete había un fusil y dos líos de trapos. Una claridad vacilante alumbraba triste y miserablemente la habitación.

En medio de la estancia, una cuna se hallaba sujeta mediante una larga percha. Tras apagar la linterna, la niña se sentó en un taburete y se puso a mover la cunita con suave balanceo.

Observé este cuadro con el corazón oprimido. Solamente la ansiosa respiración de la criatura adormecida turbaba el silencio sepulcral.

—¿Estás sola? —pregunté a la chiquilla.

—Sola —me respondió, temerosa.

—¿Eres la hija del guardabosque?

—Sí —dijo balbuceando.

Se abrió la puerta y Birouk entró.

Al ver la linterna en el suelo frotó una cerilla y encendió una vela que había sobre la mesa.

Rara vez había tenido ocasión de ver a un tipo tan fuerte. Grande, poderoso de espaldas y de pecho, y bien plantado de talle. Sus vigorosos músculos resaltaban bajo la remendada camisa. Una negra barba le cubría masculino y duro el mentón, cejas tupidas sombreaban sus negros ojos, de mirada viva. Se plantó frente a mí, las manos en la cintura.

Agradecí su ayuda y le pregunté su nombre.

—Foma —dijo—, y Birouk, por sobrenombre.

Lo examiné con atención. Muchas veces Jermolai y los paisanos me habían hablado de este guardabosque. Le temían como al rayo, a causa de la eficaz diligencia que ponía en sus funciones.

Con él, era imposible robar ni un pequeño haz de leña. Hiciera el tiempo que hiciera, siempre estaba al acecho, dispuesto a caer sobre el merodeador. Con frecuencia le habían tendido emboscadas. Pero él siempre se había alzado con la victoria.

—¡Ah! —dije después de recordar—, ¡Eres Birouk! He oído decir que eres implacable.

—Sencillamente cumplo con mi deber —repuso bruscamente—. Debo ganarme honradamente el pan que me da mi amo.

—Así, pues, ¿no tienes mujer?

—No —dijo tristemente—, mi pobre amiga ha muerto. Pronto hará tres meses que nos dejó.

—¡Pobres niños! —murmuré.

Pero él ya había desechado sus dolorosos pensamientos y salió, dando un portazo.

Examiné la isba, que me pareció aún más triste. Un olor acre de humo se me metía en la garganta. La chiquilla, sin moverse del taburete, seguía balanceando la mísera cuna.

—¿Cómo te llamas?

—Aulita —respondió débilmente.

—La tormenta remite —dijo entrando el guardabosque—. Si el amo lo dispone, yo lo conduciré a la linde del bosque.

Me dispuse a partir.

Pero Birouk tomó su fusil y examinó la batería.

—¿Y para qué esa arma?

—Ahí, en el barranco de Kabouyl, apostaría a que están cortando leña.

—No podrías oírlo desde aquí.

—De aquí no, pero sí desde el patio.

Partimos. Ya no llovía. En el horizonte se prolongaba una espesa cortina de nubes, que era surcada por relámpagos. Sobre nosotros, el cielo tenía un sombrío color azul, y las coquetas estrellas procuraban atravesar con su brillo las húmedas nubes.

Respiré con placer el olor penetrante del bosque mojado, y escuché el ruido ligero de las gotas que caían de las hojas.

Birouk me sacó del ensueño.

—Allí es —dijo, señalando hacia el oeste.

Yo nada oía, sino el dulce susurro de la brisa al pasar y de las hojas al caer.

—Ya les daré —dijo mientras me traía el coche.

—Dejemos aquí mi *drochka*. Permíteme que vaya contigo al barranco.

—Bien, mi amo. A la vuelta te acompañaré.

Fuimos.

El guardabosque iba delante, yo lo seguía dificultosamente a través de los matorrales y de la crecida maleza. De trecho en trecho se detenía para decirme: «¿Oyes los hachazos?». Pero a mis oídos no llegaba ruido alguno.

Minutos más tarde ya estábamos en el barranco; amainó el viento, y alcancé a oír nítidamente los hachazos.

Seguimos nuestro camino atravesando por entre la maleza. El musgo, rebosante de agua, cedía bajo nuestros pies como una esponja cuando la aprietan.

Me llegó al oído el rumor de algo que se quiebra, sorda y prolongadamente.

—Se acabó —rezongó Birouk—, lo cortaron.

Ya menos oscuro el cielo, nos hallábamos en la extremidad del barranco.

—Quédate aquí —me dijo el guardabosque. Con paso furioso se agachó, manteniendo en alto el fusil, y se arrastró entre los matorrales.

Yo escuchaba con atención. Se oían unos golpecitos rápidos, el hacha que desbroza de ramas el árbol caído. Después, el ruido rechinante de las ruedas de un carro. Asomó el caballo.

—¡Alto ahí! ¡Eh! ¡Para! —vociferó Birouk. A estas palabras siguió una queja lastimera.

—¡No te escaparás, viejo! —gritó el guarda—. ¡Espera!

Me precipité hacia el lugar de donde salían los gritos, y después de tropezar varias veces llegué junto al árbol derribado.

Birouk tenía tendido en tierra y fuertemente sujeto al paisano. Al verme lo dejó incorporarse. Era un pobre hombre, de sucia cara y barba revuelta. A pocos pasos se hallaba el carro y un viejo jamelgo.

El guardabosque, con la manaza siempre agarrada al cuello del ladrón, tomó al animal por la brida.

—Adelante, Corneja —dijo vivamente.

—El hacha, recójala —le pidió el paisano.

—Cierto —murmuró Birouk—, puede servir. Y levantó el hacha.

Volvíamos, yo tras ellos. Durante el camino comenzó de nuevo la lluvia y aguantamos un chaparrón. Después de una penosa marcha llegamos a la choza.

Birouk dejó el caballo en medio del patio, sujetó los perros y nos hizo entrar en la isba.

Cuando el guardabosque le hubo desatado las muñecas, el prisionero se sentó en el banco.

—¡Qué aguacero! —dijo Birouk—. Ahora no puedes partir. Descansa, por favor, yo enjaularé a este pájaro al otro lado.

—Gracias, pero no le causes daño.

El paisano me miró con agradecimiento. Me prometí gastar toda mi influencia en conseguir apaciguar la severidad del guardabosque.

En un rincón estaba quieto el infeliz; con pálida y ensombrecida cara, mostraba la desolación en los ojos.

Los niños estaban dormidos. Sentándose a la mesa, Birouk tomó su cabeza entre las manos. En medio de un absoluto silencio, un grillo comenzó a cantar.

—¡Foma Birouk! —exclamó el paisano—. ¡Foma, Foma!

—¿Qué hay?

—Deja que me vaya.

El guardabosque permaneció callado.

—Te lo suplico... El hambre... Ya ves... Déjame libre.

—Te conozco —dijo el guarda con sequedad—. Tu vida es robar, después robar, robar siempre.

—Deja que me vaya —prosiguió el palurdo—, sabes... ¡Ah!, el intendente tiene la culpa. ¡Él nos arruinó a todos!

—Esa no es razón para robar.

Suspiró el paisano; movimientos febriles lo sacudían y agitaban su respiración.

—¡Piedad! —clamó con desesperación—. ¡Mis hijitos se mueren de hambre, suéltame!

—No robes.

—Pobre caballo mío, no tengo otra cosa.

—Basta, cállate y permanece quieto, porque aquí hay un señor.

Birouk se acomodó tranquilamente de codos en la mesa. Seguía lloviendo. Yo esperaba ansioso el fin de semejante escena.

De repente, el paisano se incorporó, con un esfuerzo supremo, y gritó:

—¡Ah, tigre sediento de sangre! ¿Crees que no vas a morir, lobo rabioso?

—¿Estás borracho? —dijo el guardabosque.

—Sí, estoy borracho, ¿he bebido por cuenta tuya, devorador de hombres? ¡Sí, quédate mi caballo, tú te irás también! ¡Tigre! Está bien, ¡pega!

El guardabosque se había puesto en pie.

—¡Pega de una vez! —gritó furioso el paisano.

La pequeña Aulita se había levantado y estaba delante del desgraciado.

—Ahora, silencio —dijo el guarda. Y caminando tomó al ladrón por los hombros como si lo fuese a sacudir con violencia.

Corrí en defensa del infeliz.

—¡No te muevas, señor! —me gritó Birouk.

Pero nada me intimidó y ya tenía cerrados los puños, cuando con gran sorpresa mía, Birouk desató la cuerda que ataba los brazos del ladrón; luego, agarrándolo por el cuello, abrió la puerta y lo lanzó fuera.

—¡Vete al diablo con tu caballo!

Silencioso, el guarda entró de nuevo en la isba.

—Bien —dije a Birouk—, me has asombrado. Eres un buen hombre.

—Dejemos eso, amo —rezongó—, y no lo cuentes a nadie. Puesto que ya no llueve, ahora puedo acompañarte.

—¡Ah, cómo corre! —dije escuchando el ruido de un carro que pasaba.

Una hora después me despedía de Birouk en la linde del bosque.

EL MIEDO

—Debo advertirle, señor, que se nos acabó el plomo —dijo Jermolai entrando en la isba.

—¿Cómo? —exclamé saltando de la cama—. Habíamos traído más de treinta libras, más de una bolsa.

—Es verdad, señor. La bolsa es grande, pero no sé si se habrá agujereado. Lo cierto es que apenas queda para diez tiros.

—¿Qué hacer? No hemos recorrido aún los mejores lugares, y mañana nos cruzaremos por lo menos con diez bandadas.

—Si quiere voy enseguida a Tula. No está lejos, treinta y cinco verstas cuando más. Voy en un relámpago y le traigo pronto cuarenta libras.

—¿Cuándo irás?

—En seguida. Solo que han de alquilarse caballos.

—¿Por qué si los tenemos?

—No podemos servirnos de ellos, uno cojea horriblemente.

—¿Qué le ha ocurrido?

—El cochero lo llevó a que lo herrasen, pero volvió y no podía tener la pata en el suelo. Un asno, el herrador.

—¿Le han quitado la herradura, por lo menos?

—No creo, pero será preciso hacerlo, porque se le metió un clavo en lo vivo.

Vice llamar al cochero, quien confirmó las palabras de Jermolai.

Ordené que quitaran al caballo la herradura, y se le puso la pata envuelta en greda húmeda.

—Bien, voy a alquilar caballos para ir a Tula.

—No me parece probable que encuentres caballos en semejante lugarejo.

La zona donde estábamos era de lo más miserable. Sus habitantes parecían haber soportado una larga carestía. Las casas eran sucias y nos costó un trabajo enorme encontrar una isba, si no blanca, siquiera no del todo mugrienta.

—Espero que hayan caballos —dijo Jermolai—. Habla con burla y desprecio de esta aldea. Sin embargo, en otro tiempo hubo aquí un rico granjero que tenía nueve caballos y gran número de sirvientes. Hoy está su hijo: un bestia entre las bestias. No ha derrochado todavía todos los bienes que le dejó su padre, pero no tardará en hacerlo. Le quedan algunos caballos y podría prestármelos. Tiene hermanos que son algo mejores, pero deben someterse al mayor. Se los traeré aquí.

Mientras Jermolai se iba, medité la conveniencia de ir yo mismo a Tula. Mi confianza en él no era grande. En otra ocasión lo había enviado a la ciudad para hacer algunas compras. Debía ir y venir en el mismo día. Durante ocho días estuve aguardándolo, y al final regresó sin haber cumplido con los encargos. Se había bebido el dinero en la taberna. Tampoco trajo mi carro. Por otra parte, yo conocía a un chalán que podría venderme un caballo para reemplazar al herido. Cuando lo había decidido, llegó Jermolai:

—¡Aquí está! —exclamó entrando en la isba. Junto a la puerta había un campesino alto, con camisa blanca y pantalones de tela azul. Con su barba rojiza, su

nariz gruesa y fofa, su boca entreabierta, tenía un aire de inocencia y estupidez.

—Tiene caballos —dijo Jermolai— y está dispuesto a todo.

—Eso según sea —murmuró el granjero con voz vacilante, dando vueltas al gorro—. Yo... quiero...

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—¿Que cómo me llamo?

Pareció reflexionar profundamente. Y al fin:

—Me llamo Filofei.

—Está bien. Ocurre lo siguiente. Queremos caballos; los tienes. Préstalos para engancharlos a nuestra telega. Vamos a Tula. El tiempo está fresco. ¿Te parece que tendremos buen camino?

—Creo que sí. Por otra parte, no dista mucho de aquí. Veinte verstas. Solamente hay un sitio trabajoso. Un vado.

—Pero ¿usted mismo irá a Tula, señor? —me preguntó Jermolai sorprendido.

—Sí.

—¡Vaya! —exclamó él golpeando la puerta con despecho. Para él ya no tenía interés el viaje a Tula, puesto que iría yo.

—¿Conoces el camino? —pregunté a Filofei.

—¿Cómo no he de conocerlo? Que su voluntad se cumpla. Sin embargo, no puedo, así no más...

Jermolai solo le había dicho: «Se te pagará bien, no tengas miedo». Por más imbécil que fuese Filofei, no se conformó con dicha promesa. Me pidió cincuenta rublos; le ofrecí diez. Discutimos.

—No conoce el valor del dinero —dijo Jermolai. Y me recordó que una casa de huéspedes, establecida por su madre, se había hundido porque uno de sus dependientes no conocía el valor real de las monedas.

—Eres un verdadero «filofei» —le dijo mi compañero de cacería.

Algo ofendido por esta chanza, el campesino no respondió, pero interiormente acaso maldijo al pope que le había puesto el maldito nombre. El precio se fijó en veinte rublos, el campesino me suministró cinco caballos. Eran buenos animales, aunque tuviesen cola y crines enmarañadas y vientres hinchados como globos. Volvió Filofei, acompañado de sus dos hermanos, que no se le parecían en nada. Tenían los hombros cuadrados y la nariz puntiaguda. Charlaban, discutían, pero se sometían a la opinión del mayor. Querían enganchar en la lanza el caballo gris.

—No —dijo Filofei—, ha de atarse el negro—. Y ataron el negro.

Llevamos provisión de heno y el arnés de mi caballo enfermo, para probarlo en el que comprase en Tula. Corrió Filofei a su casa y volvió con una hopalanda heredada de su padre, un bonete y un buen par de botas. En seguida, se instaló en el asiento. Me senté asimismo y miré mi reloj. Marcaba las diez y cuarto.

Jermolai, furioso, no se dignó despedirme. Se desahogó castigando a su perro. Filofei sacudió las riendas como quien sacude las cuerdas de las campanas.

Y gritaba con voz aguda: «¡Adelante, hijos!». El vehículo arrancó y salimos del patio. En la calle le dio a uno de los caballos por tirar coces. Lo reprendió el cochero y pronto estuvimos en un camino liso, bordeado de fresca arboleda.

La noche era serena y dulce, una verdadera noche de verano. Las ramas se mecían de cuando en cuando, al soplo de una brisa ligera. Nubecillas plateadas cruzaban el cielo, y la luna llena alumbraba todo plácidamente.

Me tendí a lo largo, dispuesto a dormir, cuando me acordé del vado.

—¿Qué distancia hay desde aquí al vado? —pregunté a Filofei.

—Unas ocho verstas, por lo menos.

Supuse que no llegaríamos a dicho sitio antes de una hora, y pregunté a mi compañero:

—¿Estás seguro de no equivocar el camino?

—No es la primera vez que lo corro.

Rezongó algunas palabras más, que no alcancé a entender, porque ya me adormecía.

Desperté al cabo de una hora por un ruido insólito que llegó a mis oídos. Un ligero ruido de agua que golpea. Alcé la cabeza. ¿Qué ocurría? Estaba acostado en la telega. Alrededor se extendía una capa de agua que cabrilleaba a la claridad de la luna. Miré al asiento. Filofei estaba inmóvil, la cabeza gacha, arqueado el cuerpo, como una estatua. Lejos, más allá del agua, se distinguía la línea oblicua de la *douga*. Todo estaba en calma y silencio, todo me producía cierta sensación de cuento de hadas. Me volví a mirar detrás de nosotros. Estábamos en medio de la corriente, la orilla más cercana a treinta pasos. Grité:

—¡Filofei!

—¿Qué quiere? —me preguntó.

—¿Dónde estamos?

—En el río.

—¡Demasiado bien lo veo! ¿Así pasas el vado? ¡Responde, pues!

—Me equivoqué por poco. Ahora habrá que aguardar.

—¿Aguardar qué?

—El caballo se orientará, nos dejaremos llevar por él.

La cabeza del caballo enganchado asomaba apenas en la superficie del agua. Una de sus orejas se movía hacia adelante y hacia atrás. Solamente rumor de agua había en el silencio profundo. La luna y el río tenían aspecto lúgubre. Terminé por inmovilizarme. Oí de pronto algo como silbidos.

—¿Oyes ese ruido? —pregunté alarmado a Filofei.

—Son ánades o culebras.

En el mismo instante la cabeza del caballo enganchado se removió: paró las orejas y resopló violentamente. Y Filofei empezó, a gritos pelados «*¡Hué, hué, hué!*».

Se inclinó hacia adelante y describió círculos, suavemente, con la cuerda de su látigo. El vehículo

arrancó violentamente, y pareció como lanzado a través del agua. Luego avanzó tropezando a derecha e izquierda, con ímpetu. Tuve la impresión de que nos hundíamos más. Luego de algunas sacudidas y de sumergirnos pavorosamente, la capa de agua descendió como por ensalmo, y el vehículo se fue destacando fuera del agua.

Esto duró algunos momentos. Luego vimos las colas de los caballos y también las ruedas, que alzaban grandes hierbas chorreantes. Y las gotas de agua, saltando, parecían zafiros a la claridad azulada de la luna. Los caballos nos arrastraron hasta la orilla arenosa.

No supe si reprender o no a mi conductor. Decidí no hacerlo, y tumbándome de nuevo en el carro procuré volver a dormirme. Imposible. No porque la aventura me hubiese espantado, sino por la belleza de aquellos parajes. No cansaba contemplarlos. Praderas de singular magnificencia se extienden, con vegetación tupida, salpicada de pequeños lagos y ríos. Son las praderas de que nos hablan las viejas leyendas sobre el gran Vladimiro y los valientes del ciclo de Kief. Venían aquí a cazar los cisnes blancos y los patos grises. El aplanado camino se desarrollaba en onduladas cintas, corrían

alegremente los caballos, y yo miraba a mi alrededor con un sentimiento de dicha. Todo se deslizaba blandamente, armoniosamente, y la luna llena alumbraba con su luz clara el grandioso cuadro.

Filofei se volvió hacia mí:

—Son las praderas de San Jorge. Más allá comienza la tierra de los grandes duques. No hay nada más hermoso en toda Rusia. Ahora se aproxima la cosecha. ¡Cuánto trigo se va a moler! ¡Cuántos peces en todos estos lagos! ¡Hay sargos soberbios! Solamente que el hombre que vive aquí no debiera morir nunca. ¡Mire, señor, allí sobre el agua! Creo que es una garza real. ¿Hasta de noche busca peces para alimentarse? ¡Qué tonto soy! Era un gajo de planta. ¡Cómo engaña la luna!

Después de viajar durante horas a través de las praderas, cruzamos bosques y tierras de cultivo. Solo faltaban cinco verstas para llegar al gran camino. Nuevamente procuré dormir.

Y otra vez me desperté. Filofei me gritaba:

—¡Señor! ¡Señor!

Nuestro coche se había detenido en medio de una vasta llanura.

Filofei, con los ojos dilatados, exclamó con estupefacción:

—¡Qué ruido! ¡Qué ruido!

—¿Qué dices tú?

—Digo, señor, que hay un ruido. Escuche, es un ruido.

Me incorporé. Lejos, muy lejos, un ruido de ruedas.

—¿Ha oído? —me preguntó el cochero.

—Sí, algún carro.

—¿No escucha también cencerros y silbidos? Quítese el bonete, señor, y podrá oír mejor.

Sin destocarme escuché con atención y percibí distintamente un lejano ruido.

—Después de todo —dije—, ¿qué nos importa?

—Es un carro con las llantas de hierro; mala gente, sin duda. Se cometen muchos crímenes en los alrededores de Tula.

—¡Vaya, vaya! ¿Por qué hacer semejantes suposiciones?

—No me equivoco. Una telega con las ruedas herradas, y esos silbidos, todo es sospechoso.

—¿Estamos todavía lejos de Tula?

—Quince verstas, y no se ve una casa.

—Pues anda rápido, déjate de remolonear.

Aunque yo no daba crédito a lo dicho por Filofei, no pude volver a dormirme.

Me tuvo despierto una sensación desagradable. ¿Y si fuese verdad aquello? Miré a derecha y a izquierda. Una nebulosidad vaga se había extendido, no sobre la tierra, sino en el cielo, y la luna en medio parecía suspensa, como una mancha blancuzca. Su claridad, en el suelo, comunicaba a todas las cosas un aspecto descolorido, todo parecía empañado. Atravesábamos parajes tristes,

campos inmensos con barrancos y matorrales, luego campos cubiertos de maleza; todo triste, muerto, no se oía ni el grito perdido de una codorniz.

No cambiábamos una sola palabra el cochero y yo. En lo alto de una colina, paró los caballos bruscamente y dijo:

—Señor, hay ruido, hay ruido.

Me asomé fuera del vehículo a escuchar, aunque ahora el rumor llegaba sonoramente. Pude distinguir el chirrido de las ruedas, el galope de los caballos, oí cantos y risas. El viento lo traía todo, era fácil comprender que nuestros perseguidores habían descontado dos verstas.

Luego de mirarnos, Filofei se acomodó bien, castigó a los caballos y arrancamos en carrera violenta. Pero los pobres animales no pudieron sostener esta rapidez, y aflojaron, a pesar de las amonestaciones y latigazos de Filofei.

Ahora también yo tenía los recelos del cochero. Aquel ruido de hierros, aquellos silbidos, cantos y carcajadas nada bueno anunciaban. ¡Mala gente, sin duda!

Transcurrió un cuarto de hora, y a pesar del ruido que metía nuestro vehículo se oía perfectamente la carrera del que iba acercándose. Quise saber a qué atenerme:

—¡Para, Filofei, y entendámonos!

Los caballos relincharon, aliviados por el descanso. Ruidosamente llegaron los silbidos y las risotadas. ¡Dios mío! ¡Estábamos perdidos!

—¡Qué desgracia! —murmuró Filofei.

Cuando habíamos arrancado de nuevo, nos alcanzó con estrépito una gran telega tirada por tres caballos. Pasó casi rozándonos, como un turbión.

—Así suelen hacer los bandidos —dijo en voz baja Filofei.

Confieso que la sangre se me enfrió en las venas. La telega llevaba seis hombres con camisas coloradas y el *armiak* echado a la espalda. Gritaban y cantaban desordenadamente. Estaban ebrios. En el asiento delantero había una especie de gigante. Contuvieron la marcha, pero fingían no preocuparse de nosotros.

¿Qué hacer? No había más remedio que seguirlos. Y así lo hicimos durante un kilómetro. Me asaltaron toda clase de negros pensamientos. Recordé los versos del poeta Jeukovski: «El hacha de un vil bandido», o bien «Te pasan por la garganta una vieja cuerda enlodada, y te arrojan a una zanja».

¡Horror! ¡Avanzaban siempre y nosotros los seguíamos!

—Procura pasarlos —dije a Filofei— y seguir por la derecha.

Me obedeció. Pero enseguida su carro nos alcanzó, nos pasó a su vez. Mi cochero siguió por la izquierda, y se repitió el juego. Filofei razonó:

—¡Verdaderos bandidos! Pero ¿qué aguardan? ¡Ah, sí! Ve allá un puentecillo sobre el arroyo. Ese es el sitio donde piensan concluir el asunto. Nos matarán a los dos, porque no ha de quedar un gallo que cante. Lo que siento es que matarán también los caballos y mis hermanos se quedarán sin ellos.

A esta reflexión repuse:

—No nos asesinarán, porque les daré todo lo que tengo.

No estaba lejos el puente. El carro enemigo se detuvo, algo fuera del camino. Yo dije a Filofei:

—Estamos perdidos, hermano; perdóname que te haya traído a morir.

—¿Qué falta he de perdonarle, señor? Nadie puede esquivar la suerte fatal. Vamos, pues, y sea lo que Dios quiera.

Puso los caballos al trote y un momento después estuvimos junto a la terrible telega que nos aguardaba. Todos sus ocupantes estaban mudos. Ya no había cantos ni risas. Todo en tranquilidad sombría, como cuando el halcón o el águila van a caer sobre la presa.

El hombre gigantesco bajó de su asiento y vino hacia nosotros. Filofei, instintivamente, paró los caballos. El gigante, afectando un tono cortés, pero con voz chocarrera y aflautada, pronunció este discursito:

—Respetable señor: venimos de un honesto festín, de una modesta boda. Acabamos de casar a uno de nuestros muchachos, y le hemos dado tanto de beber, que ya no se puede tener en pie. Buena gente, buenos trabajadores, hoy hemos bebido bastante, pero para mañana no nos queda ni un kopek para una copita. ¿Tendrían la gentileza de darnos algunas monedas? Quisiéramos nada más que una botella por hocico, nos la beberíamos a la salud de ustedes. Si no les agrada hacerlo... ¡Caramba! No debe sorprenderlos lo que pueda ocurrir.

Yo no sabía qué pensar. El gigante no se movía. Un oblicuo rayo de luna iluminaba su cara. Todo era sonrisa en su rostro, los ojos vivos, la boca maliciosa, los dientes finos y largos parecían aguardar algo.

—Con mucho gusto —dije sacando mi bolso. Y le di dos rublos.

—Muchas gracias —y yendo a su carro gritaba—: Hijos, bendigan a este viajero; nos regala dos rublos.

Sus camaradas respondieron con un ¡hurra!

—¡Hasta la vista! —me saludó el gigante—. ¡Hasta la vista!

Eso fue todo. El carro se alejó, subió una cuesta, desapareció. Ya no hubo más ruido ni gritos ni cascabeles.

Pasó un buen rato antes de que pudiéramos recobrarnos.

—¡Qué hombre más raro! —dijo por fin Filofei. Y repetidas veces se santiguó—. Verdaderamente un hombre extraño, con una cara tan alegre. Ha de ser un buen tipo. Sin embargo, no nos dejaba pasar. En fin, todo salió bien.

Yo no decía nada. Pero experimentaba una sensación de bienestar. «No ha sucedido nada grave —reflexioné—. El trance no nos ha costado caro».

Tuve cierta vergüenza de haber evocado los versos del poeta. Pero de pronto me distraje con una idea:

—Filofei, ¿eres casado?

—Sí, señor.

—¿Tienes hijos?

—Los tengo.

—Tú no te acordaste de ellos en el momento del peligro. Hablaste de los caballos, no de tu mujer ni de tus hijos.

—¿Y por qué había de nombrarlos? No corrían peligro. Pero yo pensaba en ellos, siempre pienso en ellos.

Y después de una pausa:

—Tal vez por ellos no ha permitido Dios que muramos.

—Pero puesto que no eran bandidos...

—No es posible saberlo, señor. ¿Quién ha visto nunca el alma de un semejante? El proverbio dice: «El alma de los otros es como la noche oscura». Solamente Dios es verdaderamente bueno. Sí, Dios.

Se acercaba el día cuando llegamos a Tula. Yo estaba rendido y dormitaba.

—Mire, pues, señor —dijo Filofei—. Se han quedado en la taberna. Allí se ve la telega.

Efectivamente, allí estaba el carro, y a la puerta de la taberna asomó el gigante. Al vernos, se descubrió y saludando nos dijo:

—Acabamos de beber el dinero de ustedes. Y tú, cochero, ¡buen susto te has llevado!

—Muy alegre está el hombre —observó Filofei. Entramos por fin en Tula. Compré plomo, té, vino, y escogí un caballo en casa de un negociante. Regresamos a mediodía. El cochero, alegre con unas copas de vino, me refirió cuentos festivos. Cuando llegamos al sitio donde nos alcanzó la telega, me dijo:

—¿Recuerda cómo repetía: «Hay ruido, hay ruido»?

Su salida le pareció muy graciosa, y se rio a carcajadas.

De vuelta a su aldea, por la noche, conté a Jermolai nuestra aventura. Pero estaba en ayunas y no me atendió demasiado. Se conformó con decir: «¡Ah, sí!», que tanto manifestaba indiferencia como reproche.

Dos días después me informé que un rico comerciante había sido asesinado en el camino a Tula. Me pareció mentira, y solo di crédito a la versión cuando me la confirmó un oficial de policía.

Los asesinos, ¿serían aquella gente del carro? Y el comerciante asesinado, ¿no sería el muchacho de quien tan chistosamente referían que no pudo tenerse en pie?

Permanecí algunos días más en la aldea de Filofei. Invariablemente, al verlo, le decía:

—Hay un ruido, hay un ruido.

Y él me respondía, riendo:

—Es un hombre alegre, muy alegre.

"Estimulado así el virtuoso, echó una cascada de trinos y efectos de garganta. Era una verdadera caída de sonidos brillantes, hasta que, exhausto, volcó hacia atrás la cabeza dando un último grito...

Colección
Lima Lee

